VIDA MONTEVIDEANA

Revista Social, Literaria, Artística é Ilustrada

APARECE LOS DOMINGOS

Año II | Montevideo, Mayo 8 de 1898 | Núm. 43

Director y Redactor
RAFAEL J. FOSALBA

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Convención 82

Secretario de Redacción
EDUARDO GANDOLFO

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Rosaura Demby

(Fotografía de Fitz-Patrick)

SUMARIO

TEXTO.—STECCHETTI, por Julio Burell—Á ESPAÑA, poesía por Ubaldo Ramón Guerra—DÍA FUNESTO, por L. A. Ponce de León—ANACREÓNTICA, poesía por Francisco Caraciolo Aratta—ANTONINO LAMBERTI, por Victor Arreguine—CONTRASTES, poesía por Juan Cár os Menendez—UNA VENGANZA, cuadro de costumbres criollas por Américo S. Mancebo—MARÍA, poesía por Edo. Bacia—RESPUESTA MUDA, poesía por Julio David Orguelt—VIDA SOCIAL, por Siempreviva—CONGOJAS, poesía por Vicente Magallanes—SELENA, por Werther—AGRIPINA, soneto por Horacio F. Rodriguez—DRAGOMIRA, por «Cármen Silva» (Isabel, Reina de Rumania (traducción)—¡OH BELLEZA! soneto por Enrique Gonzalez y Martinez—SANTIAGO BARCO, por Fontsevrez—BELLEZAS DE CAMPAÑA.

GRABADOS:—Galería de bellezas montevideanas: señorita Rosaura Demby, fotografía de Fitz Patrick, grabado de Jacobo Peuser de Buenos Aires.

STECCHETTI

(Conclusión)

El *Jardín* de *Fausto* será siempre más eternamente humano que la visión de *Helena*.

Como en *Dafnis y Cloe*, la humanidad sigue curando del mal de amor con la medicina recomendada por el *Doctor Longo:* abrazos y besos. *El Caballero de Togemburg*, el héroe de aquella balada de Schiller, muerto de amores al pié de una misteriosa ventana jamás abierta, no es el tipo amoroso de la humanidad que anda por el mundo.

Esta humanidad, hecha de arcilla, calcinada por el vivo fuego de las pasiones, no suele prescindir del «deseo» ni de la «posesión», y por la «posesión» y por el «deseo» trueca los idilios más dulces en fiebres que son combustiones, y cambia las comedias más plácidas en dramas terribles, ya desenlazadas por el puñal ó el revólver y resueltas en las prosaicas sesiones de un juicio oral, ya terminados con la catástrofe íntima que representan tantos hombres y tantas mujeres acabados por dentro y libres del sepulturero, porque

«¡No mana sangre de la herida,
porque el muerto está en pie!»

Stecchetti es un gran caso de este amor en prosa con fondo espantosamente trágico.

No hay que pedirle refinamientos de psicologia decadente. Es impulsivo, es agresivo, es sombrio, es brutal; pero también es dulce, resignado, melancólico y tierno.... Sabe dar al amor todo lo que es suyo: el espiritu y la carne.

Ya pronto moriré. ¡Tal vez mañana!
¡Mi hora se acerca, todo ha concluido!
Se abre á mis pies la fosa y el tañido
se escucha ya de fúnebre campana.

La primavera volverá lozana
La golondrina volverá á su nido....
¡Yo también volveré, mas convertido
de mi tumba en la pobre mejorana!

¡Ve por ella! Tu amado te convida.
Ve y arranca, mujer, los tallos esos
de la yerba que fué tu preferida....

Bésalos. ¡Son mi sangre! y á tus besos
sentiré—como al dármelos en vida—
temblar de amor mis descarnados huesos.

¿No es este soneto la demostración victoriosa de ese amor complejo que pasa del odio á la ternura?

En la *Noche tempestuosa*, el ejemplo es más elocuente:

....Para curar mi herida
dije á mi corazón ¡olvida, olvida!
En vano fué: desde la noche aciaga
llevo en el corazón como una llaga
que no se cierra nunca y amarrado
á este eterno dolor que va conmigo,
loco, desesperado,
lo odio todo y maldigo
la tierra, el sol, la vida, cuanto existe.. .
¿qué puedo ya esperar si tú te fuiste?

No se entrega *Stecchetti* á su dolor puramente «poético». Su voz es de hombre que se revuelve en busca de un pedazo de su propio cuerpo; su canto no es propiamente canto; es como el olfateo de la fiera trás la hembra huida del cubil....

¡Te fuiste para siempre! más aún siento
que la lluvia golpea los cristales
y á media noche, el viento
traspasar gemebundo mis umbrales
con ecos de quejido ó de lamento;
y aquí, con la cabeza en la almohada,
escucho los ruidos nocturnales
mientras el alma gime acongojada!
Así, entre adormecido y desvelado,
en las regiones de la mente veo
de tus formas las blancas redondeces
que ferviente y audaz y enamorado
con lúbrigo deseo
estreché tantas veces
apasionado y loco....
Después cesa mi afán y se evapora
el sueño halagador, y poco á poco
siento en el pecho, cuya angustia crece,
el gusano roedor que me devora,
y casi me parece
que te estoy esperando todavía,
cuando vuelven las risas de la aurora
y en el oriente claro resplandece
la peresosa luz del nuevo dia....

¡Pornografía! Esta voz que ya escucho, hay que desecharla en justicia.

Si *Stecchetti* no es un poeta-poético, tampoco es un poeta pornográfico.

El desnudo de su musa no es incitante ni provocativo; es sencillamente doloroso.

Las mujeres que pasan al través de las páginas de *Stecchetti* son de aquellas que, ofreciendo sus caricias, brindan el secreto de todo mal...

*
* *

Usted, amigo Jurado, poniendo en limpios versos castellanos tan extraña poesía, proporciona un gran consuelo á muchos espíritus que podrán verse reflejados en espejo de tan clara luna, mirando la propia imágen sombría en los dolorosos cantos de *Stecchetti*, y para el nombre de usted, para sus méritos de artista jamás desilusionado de lo bello, recaba usted seguramente aquel alto grado de consideración literaria que el autor de *Diego* podrá tener por promesa de alabanzas mayores.

JULIO BURELL.

Barcelona, Abril 2 de 1898.

Á ESPAÑA

Al pueblo de Bailén, de Zaragoza,
de Madrid, de Lepanto y de Pavía,
al que en cuyos dominios, llegó dia
de no apagar el sol su luz radiosa!
(DEL MISMO).

En la sombra del tiempo; en la penumbra
de los siglos ciclópeos, madre amada,
brota un rayo inmortal, con que se alumbra
el sendero fulgente de tu espada;
el hemisferio entero se derrumba,
moderno Jericó, con tu cruzada,
y florece laurel toda la esfera,
tributo de la tierra á tu bandera!

Muere la fé.—Siniestra media luna
sobre escombros de altar lanza su fuego,
calla al nacer el canto de la cuna
que modula la música del ruego;
con la brutal ferocidad se aúna
la idólatra visión de un culto ciego,
y yace en una noche sin mañana
el pensamiento y la conciencia humana!

Rompe el nimbo de luz sus brillazones,
y junto al astro de fulgor plateado,
el sol que dió un girón á tus pendones
abre su disco en llamas abrasado;
agiganta la fé los corazones,
reta á la hiena el león aprisionado,
y al sonar de los hierros el quebranto
se anuncia con tu aurora, tu Lepanto!

Salve triunfo de sol!—Eucaristía
de sacra religión!—fecundo lloro
que vierte siempre al despuntar el dia
la inmensa frente de cabellos de oro!
Suplanta á la barbarie la hidalguía,
al silencio servil, el libre coro,
y brota de la linfa que argentea
con una nueva vida, nueva idea!

Las cumbres del quebrado Pirineo
aún no habian acallado los acentos
que alzó de Roncesvalle el clamoreo
de tu hueste triunfante;—los lamentos
del osado invasor y su trofeo
presas eran del suelo y de los vientos,
cuando àguila imperial, con loco anhelo,
traspuso el muro en revoltoso vuelo!

Delirio de embriaguez! Las ánsias crudas
olvidan en su fiebre enervadora,
que allí, doquiera que aparece Júdas
la cúspide del Gólgota se dora!
Pudo traición haber, pudieron mudas
las gargantas estar, hora tras hora,
pero al romper en grito furibundo
hacer temblar en su cimiento al mundo!

Y el mundo vaciló! La águila herida
por el plomo mortal del 2 DE MAYO,
cayó en Bailén, deshecha y abatida
por los hijos heróicos de Pelayo;
humillada, sangrando, perseguida,
disfrazando entre el ruido su desmayo,
fué á sepultar su triste desventura
de Waterlóo inmortal en la llanura!

No te conoce, España, el que su planta
sobre tus lauros colocar desea,
ni sabe de la gloria, lo que espanta
el fulgor divinal que te rodea;
que la tierra española se levanta
como nube incendiada en la pelea,
y que, al paso de extraños, cual un dia,
abrirás el abismo de Pavía!

Tú que luchaste siglos repetidos
por enclavar la cruz en tus altares,
y exterminar los moros que atrevidos
hicieron un harém de tus hogares;
tú, que nunca sentiste enflaquecidos
el valor y la fé dentro tus lares,
no puedes consentir que el ANGLO intente,
noble España, abatir tu augusta frente!

Y no la abatirá!... Cuando inmolado
en el santuario de la pátria hermoso
ruede el postrero vengador soldado
entre los pliegues del pendon glorioso
«cuanto más en girones más honrado»,
y se embriague en su suerte el poderoso;
vereis á la española idealizada
reconquistar el suelo con la espada!

Vereis á la mujer de Zaragoza,
sereno el corazón aunque sañudo,
en medio de la lucha tenebrosa
trocar el pecho en formidable escudo;
empujar los cañones, fatigosa,
con golpes responder al golpe rudo,
y no ceder un palmo al enemigo
sin que lleve en su audacia, su castigo!

¡Esa es España!... La que engendra leones
para velar al pié de su bandera,
y opone por murallas, corazones
que se engrandecen en la liza fiera;
la que muestra de triunfos, por blasones,
del Universo, la región entera:
¡ha de cavar la tumba á la medida
de la ambiciosa turba enceguecida!

¡Oh tercios indomables de Castilla
que al aste al Orbe entero en monumento
de tu pátria orgullosa y sin mancilla!
Yo que tu sangre generosa siento,
yo que de raza que jamás se humilla
tengo la raza y el viril acento,
uno mi voz al èco de tu tierra
para clamar también: ¡venganza y guerra!

No importa que fortuna caprichosa,
España, un nuevo Trafalgar te guarde,
¡á veces brilla la rasante fosa
más que la peña que pintó la tarde!
Al fin de la jornada, victoriosa
serás, cuna gigante de Velarde,
en tanto que en el libro de tu historia
vuelve á imprimir un ósculo la Gloria!!

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Mayo 6 de 1898.

DÍA FUNESTO

Eduardo refiere á sus amigos:

«Cierta noche paseaba yo, como otras veces, por la calle donde vivia Julia, trigueña adorable, en solicitud de una mirada de sus ojos, primer deseo del amor. En la ventana ella, dejó caer, de exprofeso, su abanico, que recogi á prisa, llevándolo á sus manos. Me dió las gracias, y luego, con fisonomia jovial, indicó:

—Parece que anda usted enamorado por esta calle.

—Yo... si... cierto es...

—Pues declárese; sé que es usted simpático á la mujer que le gusta.

—¡Esa es usted, Julia!

—¡Ah! ¿yo?

De ese modo, auxiliado por ella, di principio, con buen èxito, á mis reclamos amorosos.

El temperamento de Julia, fecundo en genialidades y caprichos, por virtud de una educación desarrollada entre complascencias y mimos, moviala á incurrir en travesuras... perdonables.

Su carácter me ocasionó no pocas desazones. La reconvine un día, por su proceder, hechas las paces, y respondió riéndose:

—¡Si supieras!... ¡Me place tanto hacerte rabiar!

—¡Te divierte eso?

—¡Muchisimo!... ¡Piensas que voy á llevar amores monótonos?

—¡No seás niña!

—¡Oh, no!... Hay que animar estas cosas.

Don Antonio, que adoraba á Julia, su hija predilecta, solia intervenir en nuestros disturbios, disculpándola.

—No le hagas caso... Ella es asi... Los pocos años...

Una noche nos comunicábamos secretas confidencias, mientras la familia atendia á la visita de dos señoras. Se me ocurrió hablarle, en mala hora, de un ósculo. Julia se soltó á reir, y llamando, sin reservas, la atención del padre, dijo:

—¿Qué te parece, papá?... Las pretensiones de este tipo... Me pidé un beso á cuenta...

No hubo más que risas y miradas, dignas del ridiculo en que me habia puesto Julia. Avergonzado, sin encontrar palabras, permaneci, como un imbécil, atento á don Antonio, hasta que por fin, balbuceando, dije:

—No crea usted. . Ella es asi... Usted la conoce...

La jóven dió riendas á la broma, aumentando el color de mis mejillas ardientes.

—¡Qué adelantado estás!

Y ocultando el rostro tras el abanico, murmuró:

—¿Necesitas bromuro?

Otro dia propúsele, en momentos de enojos, dar por concluidos los amores. Con su desenfado habitual, respondió:

—Tú conoces la puerta; no tengo necesidad de indicártela.

—¡Y lo dices!

—¡Claro!... No me faltarán pretendientes... Tú eres un estorbo.

—Si... Como no me amas!

Y dándome con el abanico en el hombro, exclamó:

—¡Embustero!

¿A qué contar todas las peripecias ocurridas?

El veinticuatro de Diciembre, ante una lucida concurrencia, obtuve, en el altar, la posesión de Julia. Cuando me vi dueño de ella imaginé, adorándola, que Dios, desde lo alto, me otorgaba, pródigo en bienes, toda la gloria prometida á los justos.

El dia de Pascuas lo pasamos en animada fiesta. Alegres discurriamos con la oferta mútua de una vida de ensueños, sin otra esperanza que la de ser felices. Proyectamos ¡tantas cosas!... El amor reia, de gala, en nuestros corazones. Pero ¡ah! llegó el dia veintiocho, y con él horas amargas. Temprano me dirigi, como de costumbre, al aposento de Julia, y la encontré—cosa extraña—fuera del lecho, en traje de salir. La interrogué alarmado:

—¡Qué, á donde vas?

Y con ceño adusto, esquiva la mirada, respondió:

—Deseo que me restituyas á casa de mi padre.

—¿Estás loca?

—Eso he resuelto; tú me conoces.

La contemplé absorto, y acercándome á ella cargado de caricias, le dije;

—¿Qué te propones?...

Me rechazó de mal grado, formulando su réplica.

—Quiero separarme de ti... No somos compatibles.

—¡Pues qué!... ¿No me amas?

—No.

El tono ágrio en que insistia Julia en su propósito, me autorizó á pensar que, inducida ella, no por el amor, sino por un capricho de los suyos, habia consentido en nuestras nupcias. Di varias vueltas por la alcoba, mirando, inconsciente, á todos lados, como quien recibe un rudo golpe y no puede ejercitar la defensa. Volvi á ella, diciéndole:

—Pero Julia... ¿Por qué te hiciste mia en el altar?

—¡Qué se yo!

—Dime... ¿qué motivo existe que te obligue á tomar una resolución como esa?

Su respuesta fué un gesto desdeñoso. Continué interrogándola:

—¿Qué falta he cometido?... Habrá forjado la calumnia alguna fábula?...

—Nada de eso.

—¿Qué te pasa? .. ¿Qué has observado en mi que te disguste?

—No me eres ya simpático.

Cada respuesta era un dardo con que me heria de muerte. La idea de que amara á otro hombre cruzó como un rayo destruyendo el hermoso oásis de mis sueños. Hícele prudentes reflexiones acerca del paso que iba á dar y de los comentarios acerbos que brotarian de lábios indiscretos. Indiferente á tales advertencias se encogió de hombros.

--¡Ah, no te importa que nuestro honor sea pasto de los murmuradores?

Toda observación era inútil. Resolvi entonces llevar mis quejas á su espiritu, con la sinceridad del que ama, implorando al corazón y á la conciencia. ¡Empresa vana! Ni los fervientes ruegos; ni las reconvenciones intimas; ni la promesa de ser su esclavo, amándola; ni la historia de los recuerdos, que invoqué en mi auxilio, pudieron conmoverla. Me hirió de nuevo con la saeta de sus frases.

--No me hacen efecto tus halagos.

--La dignidad y el enojo me indujeron á decirle:

--Pues bien; te irás con tu familia... Yo partiré lejos...

--Mejor... podrás entregarte á otras mujeres.

--¿Y tú?

--¡Oh, seré feliz!

Y se retiró, sonreida, al espejo, para recrearse, sin duda, en sus gracias. La ingratitud la hacia aparecer más hermosa que nunca ante mis ojos.

Sali de la alcoba para llorar mis esperanzas muertas.

Poco después, prevenido el coche, le ofrecí la mano para que subiera, y la desdeñó, diciendo:

--No la necesito.

Llegamos á su casa. Julia saludó alegre á la familia, repartiendo besos, y tomó asiento en el sofá. Don Antonio adivinó en mi semblante que algo grave ocurria. Mirándome con desconfianza, preguntó:

--¿Qué traen ustedes?

Julia se apresuró á responder:

--Nada... tonterias...

Puesto de pié referi los hechos, con profunda pena, sin omitir el más leve detalle. Todos fijaron sus miradas en Julia; la interrogaban en silencio.--«¿Qué han hecho contigo?»

En defensa mia me dirigi á ella, preguntándole:

--¿Qué ofensa has recibido de mi?

--Ninguna.

--¿No ha sido tu voluntad volver á casa de tu padre?

--Si.

Persuadido don Antonio de que Julia, su ídolo, no era feliz, quedó triste. Una lágrima rodó por sus mejillas.

Yo estaba profundamente emocionado. Juzgué oportuno abandonar aquella casa. Me despedi de don Antonio, abrazándolo, para murmurar en su oido: «¡Cuidémela!» Los dos llorábamos. Me faltó valor para decir «adios» á la agraciada histérica. Vuelto de espaldas, ansioso de respirar otro aire y de ausentarme lejos, soltó ella una ruidosa carcajada; y acudiendo á mi, solícita, me detuvo, diciendo:

--¡Tonto!... Has caido en la broma!

--¡Ah, qué?

--¿No sabes que hoy es dia de «Los Inocentes»?

Don Antonio reia, húmedos los ojos, celebrando, como los demás, la travesura de Julia, no sin advertir:

--¡Ella es asi!... ¡Tiene cosas!...

Intenciones tuve--lo confieso--de oprimir el cuello de mi genial esposa, ahogándola, para decir al padre, riendo, como él:

--Y yo soy asi.

Viéndola reir, enamorado, como siempre, de sus gracias, me limité á decirle:

--¡Qué pesadita eres!

L. A. PONCE DE LEON.

Montevideo, Mayo 7 de 1898.

ANACREÓNTICA

Mientras la aurora bermeja
cruza cielos orientales,
ensayaré madrigales
mezcla de canto y de queja.

Yo te diré la canción
que surcos en tu alma labra,
poniendo en cada palabra
pedazos del corazón.

Con el acento que sabes
yo te diré mis amores,
con un perfume de flores,
con un gorjeo de aves.

Y asi, mis ánsias secretas
te han de decir, por igual,
con sus trinos, el zorzal,
con su aroma, las violetas.

Recoje la blanca vente
con tus dedos sonrosados,
y vé á cruzar los prados
como una visión celeste·

Para arrullarte mejor,
han de salir de los nidos,
cantos de luz encendidos
en madrigales de amor.

Sonreirá la Primavera
que tu hermosura alboroza,
y pondrá una linda rosa
en tu negra cabellera.

Donde vás tú, todo esplende!
arrullan más las palomas
dan las flores más aromas,
y, Amor, el aire enciende.

Bajo tu frente nevada,
oculto, un sol centellea,
que es una luz con idea
el fuego de tu mirada.

Recoje la blanca falda
y cruza el prado, ligera,
mientras que, tu cabellera,
besa con amor tu espalda.

Del bosque en lo más tupido,
te espera, en lecho de flores,
oh! Diana de mis amores,
tu dulce Endimión dormido.

Si presa en sus dulces lazos
tú despiertas al pastor
y lo matas con tu amor,
¡resucitalo en tus brazos!

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Mayo 7 de 1898.

ANTONINO LAMBERTI

A Samuel Blixèn

Me pasa con Antonino Lamberti lo que á ciertos viajeros en presencia del Niágara ó del Cotopaxi; los admiran y no saben que decir.

Con su medio siglo de vida y los cabellos ya plateados, tiene el aspecto de un César.

Acercaos á el y os hablará con cierta amargura benévola de un mundo que conoce demasiado. Heredó de su padre, caballero de la libertad que con Garibaldi y Anzani mandó legiones en la Nueva Troya, el valor hidalgo; el amor de ser libre y la nobleza del espiritu. Ha pasado por el mundo conquistando amistades y despreciando la fortuna. Por no causar un leve disgusto á un amigo, renunció una vez á un negocio de tierras en que podia ganarse cien mil pesos. Despreció la fortuna muchas veces, pero cuantas rosas, en cambio, no se han arrojado á su paso! Despreció una diputacion que en tiempo de Santos le fué á ofrecer en Buenos Aires don Isaac de Tezanos, y se quedó con los aplausos que los versos de sus amigos intimos Olegario Andrade y Ricardo Gutierrez arrancaban recitados por él; y con los elogios de De Amicis que lo admiró por sus estrofas llenas de colorido y sensibles como corazones.

Pero, es solo un poeta? Antes es una especie de filósofo al que ha faltado la consagración voluntaria para ser un fundador de sistemas, mas originales seguramente y más hermosos que algunos que andan en boga por el mundo.

El poeta es impecable; tiene numen y ala; Sienra Carranza lo compara con Gutierre de Cetina.

En el principio del invierno de la vida ha sabido este poeta, este amable filósofo, hacerse una primavera para su alma; adora los rojos toques del pincel de la tarde; adora las estrellas lejanas, y, sobre todo, ama las rosas y los niños. Y entre los niños, la Nena, una criaturita de cuatro años que sabe decir versos y que para el poeta está hecha «de pedacitos de estrella.»

¿Qué decir del amigo? No he conocido un amigo más noble.

—Deseo que sus paisanos conozcan sus versos inéditos, le dije, y el poeta me entregó las estrofas que hoy ofrezco por intermedio del artista de la palabra á quien dedico estas lineas, á mis lectores.

DEL CANTO AL CORAZÓN

Duerme mi corazón, tal vez mañana
te despierte la diana
de la primer victoria:
asome en ese campo mi bandera,
y verás corazón cómo te espera
en mi frente un relámpago de gloria!

DEL ÚLTIMO AMOR

Limpido rio azul que vá sereno
á perderse en los mares del olvido,
llevando en los cristales de seno
la imágen de la playa que ha corrido.

Es la tarde que incendia el mar en calma
con el torrente de sus rayos rojos,
es el último amor! mi amor del alma,
muriendo en la esmeralda de tus ojos!

DE LOS RECUERDOS

Era una águila caida,
la estoy viendo, ensangrentada,
con el ala destrozada,
y por eso escarnecida;
sin quejarse de su herida.

Abierta por la maldad,
nunca fué la magestad
más hermosa que en sus ojos,
centellantes, de ira rojos,
mirando la inmensidad.

Muchos creen de Lamberti que jamás la épica ha pasado ante sus ojos. Los fragmentos que siguen, versos sueltos de una oda *Chile*, escritos en los dias triunfales de la revolución que condujo á la muerte y á la gloria á Balmaceda han de sorprender agradablemente.

Cubierta de cadáveres la tierra,
rugiendo como fiera la venganza,
la paz y la esperanza
dudosas en la ruina de la guerra;
por valles y por montes, y en tus mares,
confusos torbellinos de victoria,
tormentas sin relámpagos de gloria
llevando el infortunio á los hogares.
Y el fraile en tus altares
que insulta del caido la memoria.

. . . .

. . . . . Hasta la lumbre
de un sol mezquino tu región ultraja;
no es tu sol, no es el riego
de rayos en la cumbre,
tu diadema de fuego
en los picos andinos,
y en tus ondas expléndida mortaja
de los héroes marinos!

. . . .

No hay triunfo. Tus guerreros van pisando
su propia sangre en fúnebre desfile;
el lamento escuchando
de tu inmortal suicida:
la sangre allí vertida
nubla la estrella del pendón de Chile!

. . . .

. . . . la noche,
que sobre el valle de la lucha impía
vendrá sin astros reclamando olvido!

VERSOS PARA LA NENA

No daria por el oro,
y el poder del mundo entero,
una Nena que yo quiero,
una Nena que yo adoro;
toda vez que ese tesoro,
esa almita inteligente,
en mis brazos dulcemente
con mis cuentos se ha dormido,
álas de ángel he sentido
que me andaban por la frente.

Ved ahora un puñado de flores, flores derramadas sobre la tumba del pobre *Julian Martel*, muerto en el alba de su gloria.

EN EL ENTIERRO DEL MALOGRADO MIRÓ

...Mi corazón, entre las sombras de la tumba, y los resplandores de la cruz, se abre tambien para dejar oir lo que tiene, su harmonía intima, hecha de pesar y de esperanza. De pesar, porque ha visto apagar una luz suave y buena, un jóven de talento que ya habia conquistado el cariño y la estimación; de pesar, porque ha visto morir á José Miró, entre el aplauso de su obra reconocida y cuando más triunfos prometia para su tierra, y de esperanza, porque mirando la muerte escucho la voz de la inmortalidad.

Eternas vibraciones
que Dios ha desprendido
del arpa de los ángeles, sonido
de arrullo celestial, que trae el alma
errante con su duelo,
promesas de volver donde es nacida,
mostrándole en la lucha de la vida
la victoria en el cielo·

Nacer, luchar, sufrir, morir, ¿y nada más? No. Alli está Dios.

Qué seria del hombre y de su suerte,
si al replegar su espiritu afligido,
sobre su propio seno,
donde hierve el veneno
que en el dolor del mundo ha recojido,
no encontrará otro premio que el olvido
y el descanso, dudoso, de la muerte!

Adios. Miró. Amaste el arte, la belleza, la gloria, y grato debe serle á tu alma de poeta, oir versos y ver rosas en tu sepulcro.

Á RICARDO GUTIERREZ

Quien ha puesto allí la roca,
en la rauda catarata,
que cendales de oro y plata
con la luz hacer le toca,
del agua brutal que choca
en el granito saliente?
El que obliga que el torrente
de pesares y quebranto,
en tu lira sea canto
para gloria de la gente!

Á RUBÉN DARÍO

Negro el mar, negro el aire! entre las olas,
á intérvalos plateadas por el rayo,
imágen que persiste en mi cerebro
las noches del pesar y del insomnio,
un náufrago prendido á una serpiente
creyéndola su tabla salvadora.

Á VÍCTOR ARREGUINE

Yo no sé porqué se nace,
yo no sé porqué se muere,
si la mano que nos hiere
es la misma que nos hace;
pero sé que donde yace
enterrado lo que amé,
de rodillas escuché,
algo que explicar no intento,
algo que en el sentimiento
resonó como un clamor,
algo, que no era el rumor
de las hojas y del viento.

Qué lejos se encuentra Lamberti de los poetas estrepitosos, de los ruidosos, que semejantes á las hojas secas, pueblan de rumores el camino de la vida!

Qué lejos tambien de las escuelas que quitan á la personalidad del poeta su nota individual y sometiéndola á sus cánones la convierten en un soldado que se alinea en una fila!

Para ser poeta le basta interpretar directamente la hermosura y la luz de la Naturaleza y de vez en cuando escuchar su corazón, sin lo cual es mentira! no hay verdaderos poetas.

Víctor ARREGUINE.

Montevideo, Mayo 7 de 1898.

CONTRASTES

Para Cárlos Roxlo.

I

Clámide opaca, nieblas y frio,
y congelado níveo rocío,
dejaba Invierno ya por doquier.
Sin luz el mundo, sin luz la esfera,
soñar placeres era quimera,
que no entre sombras vive el placer.

Surgido apenas el albo ensueño
de las tristezas tomaba el ceño;
los ruidos todos decian dolor...
Mas ¡oh misterio! sintióse un canto
y la harmonía tendió su manto;
¡gorjeaba endechas genial cantor!

Sobre la rama de un árbol triste,
que hojas marchitas, fúnebre, viste,
dúlcidos trinos un ruiseñor
daba á los vientos; su melodía
las notas eran de la alegría—
¡cantaba un himno de inmenso amor!

Desde el santuario de agreste nido,
era su ritmo feliz oido
por la hembra amante de su cantar...
¡Viven las almas en primavera
cuando de amores arde la hoguera,
que ánsias inflama de idolátrar!...

II

La seductora sus régias galas
iba tendiendo cual verdes alas,
cual rutilante, rico tapiz;
irradiaciones de luz del cielo
tejian un áureo, sublime velo,
que coloreaba róseo matiz.

La primavera, maga de amores,
divina veste de tiernas flores,
que difundian mágico olor,
iba dejando sobre los campos
y un sol ardiente sus rubios lampos
colgaba, leves, en cada flor.

Tintes muy suaves, muchos arrullos,
en los boscajes dulces murmullos,
colores varios y mucha luz.
Precioso tiempo de los placeres,
de las caricias y los quereres,
de los ensueños de albo capuz.

Mas ¡oh misterio! la sinfonía
de un negro canto, de una elegía,
en el espacio dejóse oir;
letal quejido, duro lamento,
que conducía veloz el viento,
ayes de un pecho que iba á morir.

Entre el follaje de árbol florido,
junto al santuario de casto nido,
aquel de enantes genial cantor;
de sus arpegios el ritmo amargo,
doliente ritmo, funéreo y largo,
daba á los aires, conmovedor.

En el recinto de sus pasiones
ya no fluctuaban las ilusiones;
¡estaba muerta su dueña en él!—
muerta en el templo de su amor santo,
su cuerpo, helado como el espanto,
de verdes ramas bajo el dosel.

Vibró más récio mortal gemido
y, agonizante, sobre su nido
tendió sus alas el ruiseñor...
¡Viven las almas en crudo invierno,
de sombras densas en un infierno,
cuando les falta la luz de amor!...

Juan Cárlos MENENDEZ.

San José de Mayo, Mayo 6 de 1898.

UNA VENGANZA

(Cuadro de costumbres criollas)

I

En dia de fiesta se habia convertido, para los vecinos de Solis Chico en el Departamento de Canelones, aquel en que se celebraban los óleos de un hijo de don Hilario Borges, rico hacendado establecido desde tiempo atrás en aquel paraje.

Por aquel entonces, tan poco habitado como se hallaba el interior de la República, y siendo escasos y difíciles los medios de trasporte, los bautismos y casamientos en despoblado no se efectuaban con tanta frecuencia como ahora, pues por lo regular esperaban el paso de las misiones que los frailes llevaban á la campaña, para realizarlos. Asi es que la fiesta tenía lugar en el mismo establecimiento de campo de Borges; en el que se hospedaban aquellos benditos del Señor, que llevaban á los feligreses tantos consuelos, hóstias consagradas, sermones, medallitas y escapularios para repartírlos entre aquellas sencillas gentes.

El establecimiento se componia, al estilo de la época, de tres largos cuerpos de edificio, dispuestos á manera de escuadra, todos ellos de terrón, con techo de teja uno y de paja los otros, rodeados de inmensa cantidad de ombús, eucaliptus y otros árboles no menos frondosos.

Por invitación unos, y sin ella los más, habia acudido un gran número de personas, habitantes todas de aquella comarca, en diez leguas á la redonda.

La fiesta debia terminar en baile, y este incentivo era el que habia atraido á la mayor parte de la gente moza que allí habia reunida.

Apenas realizado el acto que lava—según la iglesia—del pecado original, es decir, el primer sacramento impuesto por el vicario de Cristo, é inventado por San Juan Bautista, las guitarras rasgueadas por hábiles manos, preludiaron un pericón con relaciones capaz de hacer bailar en la cuerda floja al más desapasionado de nuestros gauchos. El silencio, hasta entonces guardado con religioso respeto, mientras oficiaba el cura, desapareció para hacer paso á la bulliciosa alegría de los amantes de Terpsícore, que se encaminaron á la sala próxima con objeto de entregarse á su diversión favorita.

Poco después, organizado sériamente el pericón, danzaban las parejas, mientras los papás y las mamás recordaban con aquel espectáculo sus juveniles tiempos.

Y en verdad que era digno de verse, por lo pintoresco y al mismo tiempo por lo grotesco: los paisanos, algunos con los sombreros puestos, levantada hácia atrás el ala delantera, ostentando todos golillas de colores vistosos sobre sus cortas chaquetas, que á medias ocultaban el ancho cinturón que sostenía el negro chiripá de merino, debajo del cual aparecia la criba bien bordada del calzoncillo, ó la bota guarnecida de espuelas de plata, de anchas rodajas, que algunos se olvidaron de sacar con la premura; y las muchachas, suelto el cabello, ó recogido en una trenza, vistiendo trajes de percal de colores chillones, ostentando algunas sobre los hombros rebozos de espumilla de seda, de largos flecos, agitando todos los brazos, haciendo sonar los dedos como castañuelas, ó puestos en jarra, chispeantes los ojos y los lábios encendidos. De pronto, uno de los músicos grita con voz nasal, queriendo asemejar un canto:

—Formen cadena, formen cadena...

Y aquella multitud de danzantes se dán las manos, se sueltan, se entreveran, y quedan formando una verdadera cadena, á manera de círculo, y siguen marchando á compás de la música y de la voz gangosa del *guitarrero* que continúa cantando:

Tírame nueces, tírame nueces.:.
que si no me las como
será milagro...

De repente, el *bastonero* ó director del baile, grita á voz en cuello:

—A la rueda, á la rueda!

Y sale una pareja del círculo formado, penetrando en el centro, donde siguen danzando hasta que el bastonero vuelve á gritar:

—Atención!

Y cesa la música, y los cuchicheos, y hasta el movimiento de los bailarines. Todo queda en silencio, y el galán que se encuentra en la rueda,—un indiecito de veintidos años apenas,—se encara con su pareja y le recita el *verso* siguiente:

Dende el dia que te vi,
prenda de mi corazón,
ando como la culebra
que ha perdido la ponzoña.

No bien hubo terminado el último verso, cuando se adelantó á la rueda el Juez de Paz del lugar,—hombre de malos antecedentes y que hacia justicia á quien más le pagara, arbitrario, pendenciero y odiado á causa de sus malas costumbres, por el vecindario,—y pidió permiso al bastonero *pa desempeñar* á la moza, y concedido, dijo;

—Atención!

Has perdido la ponzoña,
lo siento, pero no hay chucho;
pa sotretas como vos
no se hicieron las humitas.

Una carcajada general acogió las palabras del Juez de Paz, que, aunque odiado entre aquella gente, era temido como si fuera *Juez de Guerra*, á consecuencia de sus continuos atropellos.

AMÉRICO S. MANCEBO.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

(Continuará).

MARÍA

Salve! ¡oh reina del cielo!
Astro sagrado de divina luz!
Manantial de consuelo,
Del triste eterno anhelo,
¡Madre infeliz del que murió en la cruz!

Salve! ¡oh virgen María!
Sacra fuente de celestial clemencia,
Madre abnegada y pia,
Amparo, norte y guia
Del mortal á través de la existencia!

Salve! ¡oh madre divina!
El mundo entero reverente exclama,
Y, lleno de fé, inclina
Su frente, que ilumina
De tu amor la inextinguible llama!

Salve! ¡oh reina del cielo!
Astro sagrado de divina luz,
Manantial de consuelo,
Del triste eterno anhelo,
¡Madre infeliz del que murió en la cruz!

EDO. BACÍA.

Montevideo, Mayo 7 de 1898.

VIDA SOCIAL

El «Instituto Verdi» ofrecerá á sus numerosos asociados una interesante Velada Musical en la noche del 22 del corriente.

Entre los valiosos números con que cuenta para ella, figuran en primer término las señoritas Manuela Ramos Latorre é Isabel Bula, el tenor señor Manuel Sailes, el niño Aleardo Battiste y otros aventajados discípulos.

Auguramos desde ya un éxito completo á tan amena fiesta.

--En las páginas simbólicas de la Felicidad, el Amor ha escrito el siguiente poema: «El distinguido caballero Francisco Galle y la buena, gentil y airosa Enriqueta Cervetti, unirán para siempre sus destinos y sus almas en el dulce altar de Himeneo cuando los frios excesivos anuncien los dias venturosos de Julio.» Y los votos sinceros de la amistad agregan: «Que sea eternamente feliz la cariñosa amiga que con sus bondades y su amor formará un hogar santo y hará conocer la dicha al noble jóven que la elije por compañera, susurrándole orgulloso al oido. Apóyate por siempre en mi brazo mitad del alma mia!»

--El aristocrático Carlos Garcia Acevedo y la bellisima y sin igual Rosina Arocena, realizarán brevemente el sueño anhelado de sus corazones, uniéndolos con lazos indisolubles. Que la antorcha de la Felicidad ilumine siempre el hogar que ha de formarse bajo los auspicios del cariño, la nobleza y la lealtad.

--De Ricardo Palma:

AURA

Timida brisa de la triste noche!
Tú que á la pàtria de mis sueños sigues
lleva á la hermosa por quien pena el alma
mi último duelo.

Dila que lejos de sus ojos dulces
no halló colores en la luz de Oriente;
dila que el que ama con pasión tan honda
muerte es la vida.

Dila que siempre de su afecto digno
una existencia tormentosa arrastro:
dila mis penas infinitas, dila,
cuánto la adoro!

Vé mensajera misteriosa!... Vuela,
los rizos blondos de mi amada mece
y en ellos, tierno, palpitante, grato,
déjala un beso.

--MEDALLÓN.--Cuenta apenas diez y ocho años. Está por lo tanto en esa edad privilegiada en que la vida no tiene sino ilusiones y alegrias y el mundo no ofrece sino flores y sonrisas.

De regular estatura, formas torneadas, talle flexible y porte airoso, la estatuaria encontraria en ella un bellisimo modelo.

Sus rasgos fisonómicos son de corte griego y denuncian á lo lejos, á la vez que dulzura, entereza de carácter. Su color es trigueño sonrosado, su frente ámplia, su nariz perfilada y pequeña, sus lábios encarnados, y sus ojos, sus ojos son dos astros como no lucen más divinos en la bóveda del cielo. Pardos, obscuros, grandes, graciosamente rasgados y velados perpétuamente por un tinte de misteriosa melancolia, jamás otros le igualaron en subyugadora hermosura.

A todos estos atractivos fisicos reune ella prendas morales y condiciones intelectuales que la hacen un sér realmente privilegiado. Su alma es un raudal inagotable de purisimos sentimientos y su inteligencia que cultiva afanosa y abundantemente una esperanza la más promisora.

Aficionada á la literatura, ya produce ensayos poéticos, llenos de felices imágenes, ensayos que anuncian á la poetisa galana.

Artista de corazón, domina con aptitudes de maestra consumada, la tradicional guitarra, y su voz dulce y sentida se eleva con pasión para entonar las canciones del terruño.

¿La conoceis? ¿La adivinais acaso? Nunca otra igual encontrareis al paso.

--Próximamente emprenderá viaje para la ciudad de Santiago de Chile el primer Secretario de la Legación de aquel país, señor Javier Larrain Irrarazábal, acompañado de su jóven esposa Ema Castro.

--La capilla de Nuestra Señora de Lourdes presenció en la noche del miércoles el enlace del jóven Hector Bosch del Marco con señorita Cándida Rosa Rodriguez. Fueron padrinos la señora del Harco del Roseh y el señor Armando Rodriguez.

Distinguidas familias presenciaron la ceremonia y las amigas mas intimas acompañaron á la feliz y amante pareja.

¡Que el sol de la dicha no se oculte jamás para ellos! Que el amor teja siempre su nido en el nuevo hogar!!

SIEMPREVIVA.

RESPUESTA MUDA

--Si muriera, dí, Libia, ¿qué harias?—
Así una vez le pregunté á mi amada,
por ver si contestaba como muchas:
—Seguirte en mi desgracia.—
Pero ella, mi ilusión, mi dulce encanto,
herida así en su pasión sincera,
sólo alcanzó á decir con ánsia grande:
--Si te murieras tú...—y una lágrima
cayó sobre mi frente...

JULIO DAVID ORGUELT.

Buenos Aires, Mayo 4 de 1898.

CONGOJAS

Refresca ¡oh brisa suave! mi mente enardecida,
modera los impulsos que la hacen padecer.
El fuego la consume de una incurable herida
que hicieron en mi pecho, desdenes de mujer.

Mujeres, que nacisteis para brindar amores;
mujeres que, sin alma, llamais un corazón:
¿por qué no teneis lástima de nuestros sinsabores?
¿por qué venis al mundo? Jamás tendreis perdón.

Pasáis por nuestro lado radiantes de hermosura;
con gran coqueteria, mil dichas ofrecéis:
después, si reclamamos con fé vuestra ternura,
con mucha altaneria, la espalda nos volvéis.

No quiero yo quejarme de la sublime ingrata
que vino con sus ojos á fascinarme audaz;
olvido con orgullo la pena que me mata,
no guardo enojos vanos; yo sufro, y nada más.

Mas, siendo tan horribles las horas de mi vida,
las auras perfumadas invoco en mi dolor:
refresca ¡oh brisa suave! mi mente enardecida,
y apaga aquí en mi pecho la llama del amor.

Es llama fulgurante que abrasa las entrañas,
que gasta un combustible fatal: el corazón.
Conozco, afable brisa, tus múltiples hazañas,
y quiero que, cual meces las tiernas espadañas,
me aduermas blandamente con santa compasión.

VICENTE MAGALLANES.

Montevideo, Mayo 7 de 1898.

SELENA

¿Por qué la Luna es pálida? Me preguntas por qué está siempre triste?

Palidez... tristeza... acaso piensas tú, amada mia, que es Amor?

Pues bien, si: tan solo él es el culpable de sus penas.

Me lo ha contado la Aurora. Por eso es que lo sé.

Tirábales miguitas de pan á tus cisnes.

Hacia un momento que una encantadora charla de gorjeos llenaba el aire de mieles y de ambrosias.

Pero después vino Vesperto con su séquito de sombras y con ellas las postreras melancólicas notas del ángelus. Y tras las notas y tras las sombras vino una noche negra, negra como la boca del abismo.

Allí en el cielo, triste, muy triste y pálida, estaba la luna, solita con sus penas.

Y yo en la Tierra, solo también, me quedé dormido en la orilla de la laguna.

De pronto, despertóme un ruido de álas. Eran las aves que se alzaban de sus nidos al golpe de la luz.

Alcé la vista y ví que la luz partia de un jazmin muy grande, que solitario crecia en medio de las aguas azuladas.

Maravillado, restreguéme los ojos creyendo soñar, y cuál no quedaria de absorto al ver que el jazmin extendia sus pétalos sobre las aguas tornándose á poco en una góndola de nácar.

Millares de mariposas blancas, sujetas con hilitos de oro á la góndola, deslizábanla sobre la tersa superficie de la azogada laguna, y la brisa, levísima y perfumada como suspiros de ángeles, hinchaba las velas que eran hechas de pétalos de rosas.

Reclinada en un cojin de áuricos cabellos de querubes, cubierto de raso azul, descansaba indolentemente una mujer—¡qué digo! —una virgen extrahumana, una azucena hecha de carne, pero de carne impóluta como una crisálida.

Vestianla ligeras nubes de los colores de la rosa y del cielo.

¿Quién era?

¿Aquella azucena de carne intangible habria nacido aquella noche en el vacio, al beso de luz de un ángel?

¿Seria, quizás, una turquesa?

¿No seria alguna hija de una gota de rocio y de un ensueño azul?

¿Habria nacido, acaso, en el seno de alguna perla resbalada en el lloro de alguna ondina?

¿Era hija de una estrella y un suspiro?

Jamás lo supe!

Sus ojos eran inmensamente dulces é inmensamente azules,—¿eran dos zafiros surgidos á la mirada de un ángel en lo hondo del éter?—y brillaban con intensidad extraña: —¡sus pupilas eran hechas de átomos de estrellas!—y miraban con la languidez afanosa de un lábio ardiente...

Su boca ya no eran claveles: un gnomo me dijo que una nube trajo del cielo un rubí inmenso y que lo partió, en un beso, para unirlo á sus lábios con una gota de sangre de un arcángel á quien Luzbel sangró el corazón.

Su frente, sus pechos, sus brazos fidiacos, su cuellito tentador y mórbido, eran hechos, todos, de ósculos de amor...

Y aquella mujer ó azucena ó hada ó vírgen llegó á mí en una cascada de luz.

Y me dijo:

«¿Pensabas en la palidez de la Luna? ¿Quieres saber por qué la Luna es pálida, por qué está siempre triste?

«La Luna—¿lo sabias?—es hermana de la Aurora, y yo soy la Aurora, amada del Sol, —del Sol que es esposo de la Tarde y sultán de la Luz.

«Quince primaveras habia ya visto mi hermana la Luna y su alma en primavera á Eros, incauta, convino en alojar.

«Amó. Amaba tenazmente, tenaz y castamente, á él, al poderoso, al fulgurante Sol.

«Un dia,—¡oh dia pálido!—la Luna asomó su rostro en el Espacio, por ver á su amado marchando presuroso camino de su régia morada de Ocaso. Y vió,—¡oh muerte de ilusión!—abandonarse el sol, rendido y voluptuoso, en brazos de la Tarde, que viste de púrpura y adora á su señor.

«Ni un grito dió la Luna, mas, luego su semblante,—risueño y rosáceo,—tornóse entonces lívido y nostálgico como azalea de Invierno.

«Los dioses de lo Alto piedad tuvieron de ella, y envuelta en una enorme túnica azul mandáronla al palacio sombrio de la Noche, de infanta de su corte y de dama de honor.

«Curiosa y celosa,—¿acaso no es mujer?—por ver á su amado, su rostro de anémica suele asomar á tiempos en el Espacio.

«Del cetro de su amado un ígneo rayo á veces visita á la Noche,—Sultana de las Sombras,—prestándole fulgor. Y entonces la Luna contempla al real ingrato que duerme fatigado, soñando conmigo,—que, como te dije, soy su amante,—y en brazos de la Tarde que también se duerme...

«La Luna llora entonces al verle, de pasión y celos. Sus lágrimas son estrellas, estrellas y luceros, que adornan scintilantes su hermosa veste azur...»

Callaron los lábios de rubí, y la Aurora, prestando oido atento, me dijo después de besarme:

«Me voy. Mi amante, el Sol, se acerca. ¿No oyes el epitalámico canto de los pájaros? Son los heraldos que anuncian su llegada. Adios!...»

Y envuelta en las nubes del color de la rosa, entre un polvo de estrellas, huyó en la cascada de luz.

Esta es la historia romántica de la Luna, amada mia. Me la contó la Aurora. Por eso es que la sé.

WERTHER.

Montevideo, Mayo 7 de 1898.

AGRIPINA

La túnica de Firo mal ceñida
sobre el ebúrneo seno palpitante
allá, en la noche de su fiebre amante,
cayó en los brazos del placer vencida.

Mácbeth pagana, del pudor se olvida,
tiene la sed sensual de la bacante,
y al deleite se entrega delirante
con las áncias supremas de la vida.

La rodea un ambiente emponzoñado:
sobre el lecho de orgía maculado,
su carne venda ó la virtud desprecie,

Agripina es la impúdica ramera
la pasión de la béstia carnicera
y el instinto protervo de la especie.

HORACIO F. RODRIGUEZ.

Santa Fé, (Argentina), Mayo 2 de 1898.

DRAGOMIRA

Traducido del italiano para "Vida Montevideana"

Crin Ghirai, jefe de los Tártaros, tenía en Bachciserai una corte suntuosa. Jamás se habia visto un lujo semejante de tapices, oro y piedras resplandecientes. Las riendas de sus caballos deslumbraban; los estribos y las espuelas eran de oro puro, y las gualdrapas ostentaban primorosos bordados. Cuando cabalgaba, seguido de su brillante acompañamiento, tan grande era el explendor que difundia, que casi causaba envidia al mismo sol.

Figuraba en su corte un jóven rumano, de formas elegantes, alto, esbelto, de cabellos ensortijados y hermoso rostro que habia sido traido en una de las expediciones de Suciava, y en cuyos ojos observábase cierto aire de tristeza. Este jóven no conocia á sus padres, ni persona alguna dábale noticia de ellos. Era extranjero, expósito, y no obstante, parecia ser de noble sangre. Crin Ghirai lo habia arrancado de los brazos de una mujer hermosa, á quien habia dado muerte á puñaladas por haber gritado, ignorando si fuese su madre ó su nodriza.

Hallábase una tarde en el patio del palacio, apoyado en su caballo árabe, que de cuando en cuando volvia la cabeza y frotaba ligeramente el hocico en su espalda en señal de afecto.

Habia dado una larga recorrida y esperaba ser introducido ante Crin Ghirai, para darle cuenta. Miraba meditabundo la fuente que chispeaba á la claridad de la luna, cuyos rayos iluminaban vivamente la mitad del palacio, mientras la otra mitad permanecia en la sombra. Su mirada erraba á lo largo de las ventanas de rejas doradas, tras de las cuales se ocultaba el harem de Crin Ghirai. Referianse historias de huries allí escondidas y prisioneras, cuyo número siempre iba en aumento sin satisfacer jamás los deseos del fiero Tártaro. Horrorizábase de ello el jóven cristiano y su melancolia y su nostalgia crecian.

Muévese de pronto la reja, ábrese un poco, é iluminado el interior por el reflejo rojo de una linterna y el exterior por la claridad de la luna, aparece, sin velo, el más hermoso rostro de doncella que jamás habia visto en toda su vida. Fué presa de una turbación tal que su caballo alargó el hocico como si presintiese peligro inminente para su jóven amo.

Los jóvenes se miraron con insistencia, como atraidos por un imán. En esto resonaron pasos; la reja se cerró y el jóven tuvo que retirarse llamado por el Kan.

A la tarde del siguiente dia el jóven acudió otra vez á la fuente y la doncella apareció de nuevo en la ventana. Ella inclinándose murmuró:

—Si eres cristiano sálvame! Me llamo Dragomira!

—Te salvaré á fé de que soy cristiano y me llamo Parvú.

La doncella cerró apresuradamente la ventana y desapareció.

Al dia siguiente Crin Ghirai partia para otra expedición de guerra con todo su séquito deslumbrador. Llevaba una media luna de brillantes sobre su gorro de pelo y hacia caracolear á su corcel; sabia que tras de las rejas las mujeres y las esclavas fijaban en él sus miradas y sobre todo la más bella de las esclavas, Dragomira, que habia educado para sí. La fama de su belleza habia volado léjos y más de uno de sus enemigos trataba de arrancarle la presa. La pobre esclava estaba amenazada de los castigos más terribles si se hubiera dejado ver sin velo: la más tétrica cárcel hubiera sepultado su belleza.

En aquel momento sus grandes ojos miraban al través de la reja; pero no á Crin Ghirai que le infundia horror, sino á Parvú que galopaba á su lado y que hacia tiempo tenia en el corazón.

La expedición duró cási tres semanas y los tártaros, cargados de pingüe botin, volvieron al pais.

Parvú habia hecho prodigios de valor. Le habia salvado la vida á Ghirai, parando á tiempo un golpe de yatagán que le habian tirado y abriéndole el cráneo al enemigo.

El jefe reunió en la corte á sus fieles servidores y recompensó á cada uno. Dirigiéndose á Parvú le dijo:—Y tú, hijo mio, has hecho grandes cosas y no hay galardón apropiado para ti. Desea algo que yo pueda acordarte. Habla! Te concederé todo lo que me pidas.

Parvú espolea su caballo; á una señal de su mano el noble animal dobla un jarrete, y Parvú dice en alta voz:

—Oid mis ruegos, oid, señor! dadme por esposa á la esclava Dragomira, la cristiana.

Silencio de muerte alrededor.

Todas las miradas se fijan en el rostro, súbitamente encendido, de Ghirai, quien apretaba los dientes y se mordia los lábios.

—¿La conoces, pues? pregunta á Parvú.

—¿Quién no conoce á Dragomira? La pido por esposa, no porque es bella, sino porque es cristiana.

Ghirai calló de nuevo. Habia logrado una gran victoria sobre si mismo, y dijo:

—Bien, sostendré mi palabra; se verificarán hoy mismo las nupcias.

Dragomira lo habia oido todo. Ya pálida, ya enardecida, como presa de un vértigo, se habia puesto á escuchar ansiosamente. Al escuchar las últimas palabras cayó de rodillas y dió gracias á Dios de haberla librado de tan miserable existencia, dándola por esposa á un cristiano. Veiase libre de la asquerosa vieja que la habian dado por maestra y de lo celos de las otras mujeres. Iba á ser la mujer única de un hombre por ella amado.

Llamaron inmediatamente á un sacerdote y la novia, maravillosamente adornada, se presentó ante el jóven héroe, quien hubiera querido caer de rodillas ante ella, como ante una aparición sobrenatural; tan resplandeciente era su belleza.

Terminada la ceremonia religiosa, la jóven pareja se dirigió á la cámara nupcial, ya adornada con tapices de la India y de la Persia. Les esperaba un soberbio tálamo: una lucerna colgada del artesonado oscilaba, difundiendo una mágica luz rósea en la estancia perfumada, en la cual no penetraba ningún ruido exterior.

Apenas hubo entrado Dragomira, se arrojó á los piés del esposo diciéndole:

—Te amaré como á un Dios! ¡Te adoraré como á un santo! ¡Te serviré como á un amo! ¡Tú me has salvado de la afrentosa contaminación de un pagano! ¡Cada instante de mi vida será tuyo!

¡Te amo más que mi vida! repetía él, y cuando al fin se calmaron un tanto, comenzaron á contarse sus dolores. Sus recuerdos venian desde muy atrás, desde el tiempo en que habian sido robados.

—¿En dónde te robaron? preguntó Dragomira.

—En Suciava.

—Yo también fuí robada allí, y aún recuerdo el nombre de mi nodriza; se llamaba Tamasa.

—Así se llamaba la mia, exclamó Parvú.

—Tenia dos hermanitos: uno se llamaba Bogdan y él otro tenia en la nuca un lunar que tocaba con el dedo diciendo «Morá».

Parvú se extremeció: apoyóse en la pared y cubrióse el rostro con las manos.

—¿Qué tienes? preguntó Dragomira con angustia.

Entonces él, inclinándose ante ella, le mostró la nuca diciéndole;

—¿Qué es esto?

Dragomira retrocedió lanzando un grito desesperado.

—Tú no eres...

—Sí, yo soy tu hermano! dijo Parvú, y prorrumpió en amargo llanto.

Por mucho tiempo trataron de persuadirse de que no eran hermanos; pero en vano: desgraciadamente era cierto. Distinta gente los habia robado, y separado; no habian oido hablar jamás el uno del otro.

Triste escena de despedida fué toda aquella noche para los infelices.

El dia siguiente, por la mañana, se anunciaron á Crin Ghirai.

Este acogió muy asombrado á la jóven pareja, inclinada ante él, triste y muda.

Cuando hubieron acabado de referir el funesto descubrimiento, exclamó él:—Entonces es necesario morir.

—Es nuestro voto, pues la vida nos es insoportable.

—Pero vosotros sois cristianos; de consiguiente, teneis que ser juzgados por cristianos.

Reunióse un sínodo, compuesto de eclesiásticos y de laicos, quienes deliberaron que por su ignorancia no merecian la muerte; pero que debian expiar su delito, erigiendo cada uno de ellos un convento.

Los dos jóvenes regresaron tristes á su país y fundaron dos conventos, cerca de Suciava. Parvú llamó al suyo Dragomira. Allí vivieron muy honrados: él como abad, ella como abadesa.

De acuerdo con la expresa voluntad de ella al morir, administróle los últimos auxilios, mientras su blanca y larga barba moviase trémulamente.

Un año después encontrábanse allí donde ninguna ley humana podia ya separarlos.

ISABEL, Reina de Rumania.
(Carmen Silva).

¡OH BELLEZA!

Do quiera surges, de esplendor bañada
y ostentan de tu culto los laureles
con poemas de mármol, Praxiteles,
y Homero con los bronces de su Íliada.

¡Oh, belleza inmortal! En la mirada
de púdica doncella, en los dinteles
de la alcoba nupcial, en los crueles
páramos del dolor estás posada.

Suena la voz del génio, y al instante
de la miseria misma hace que brote
tu luz esplendorosa y deslumbrante,

Y que tu nimbo indeficiente flote
sobre los cuadros tétricos del Dante
ó sobre la locura del Quijote.

Enrique GONZALEZ MARTÍNEZ.

Paysandú, Abril 29 de 1898.

SANTIAGO BARCO

V

No hay pais donde más que en España se choquen y se fundan los contrastes del gusto por lo horrible y del amor por lo delicado, de lo brutal y de lo refinado, de lo enorme y de lo sutil.

El génio sombrio de la raza rodea con aparato lúgubre y prolongado el suplicio de los condenados. La inspiración elevada de su ardiente generosidad ha instituido al lado del reo una guardia piadosa y compasiva, *Los hermanos de la paz y caridad*. La proximidad de la muerte que nivela todas las cabezas le ha sugerido el sentimiento de una igualdad preventiva y provisoria; los hermanos de la paz y caridad tienen por mision asistir al reo desde el instante en que lo ponen en capilla hasta la suprema expiación.

Y en la cofradia se inscriben del mismo modo los más humildes y los más altos personajes animados de la conmiseración cristiana. No es raro ver subir al cadalso á un malhechor, acompañado de un pobre artesano y un grande de España, hasta alteza real, llevando uno y otro, sobre su traje ordinario, la misma ámplia capa blanca y el sombrero negro de anchas alas, de forma eclesiástica, traje de la cofradia.

Pocos minutos despues que el coronel dejó á Santiago, á la una de la tarde, un piquete de dragones fué á sacar de la celda al corneta asesino y llevarlo á la capilla, mientras en la puerta exterior del lugar santo se postraban dos hermanos de la paz y caridad, de pié, en una actitud de recogimiento y gravedad, con una campanilla de sonido triste que alternativamente tañian.

Los transeuntes comprendian que la justicia de los hombres seguia su curso y se persignaban murmurando una corta oracion por el pecador cuya expiacion se acercaba.

La reducida capilla colgada de negro con las ventanas veladas, tenebrosa como la noche, se llenaba de una atmosfera siniestra. Por toda luminaria, la doble llama amarillenta y sin irradiacion de dos cirios puestos en enormes candeleros á cada lado del reclinatorio reservado al reo.

Santiago entró con paso firme, pero sin fanfarroneria y fué á arrodillarse en su puesto; á derecha é izquierda un miembro de la cofradia en oracion y en cada puerta un centinela, con sable al cinto y carabina al brazo.

La velada fúnebre comenzaba para durar hasta el alba del dia siguiente, interrumpida por plegarias y la misa celebrada por el capellan.

Cada dos horas, se relevaba la guardia de la cofradia. A eso de las diez de la noche, uno de los dos hermanos que ocupó el turno era un hombre notable por su estatura y continente; tuvo cuidado de subirse el embozo de su capa blanca hasta la mitad de la cara para que el reo no le reconociera. Precaucion instintiva y supérflua. ¿Cómo hallar en aquel rostro repentinamente estragado los rasgos seductores del coronel marqués de Arnedo? Era él pero destruido. Aquella tarde y aquella noche los empleó en poner en órden todos sus asuntos; una larga convensacion con su notario, despues un conciliábulo con el padre capuchino, portador, la víspera, del billete de Jimena, por último, una visita á su general para entregarle todos los documentos militares que tenia en su poder más un pliego cerrado que contenia su dimision.

De regreso á su casa, se encerró en su tocador, é impasible, con su mano libre á la que su voluntad, prohibia temblar, se afeitó la cara y la cabeza y arrojó al fuego de un brasero aquella barba soberbia y aquellos cabellos tan negros que tantas mujeres enamoradas habian acariciado.

Quiso quedarse toda la noche en la capilla; se habia llevado un frasco de cordial, y de vez en cuando, sin atreverse á ofrecerlo él mismo á su desgraciado hijo abismado en la meditación, lo pasaba al otro hermano y este, benévolo, paternal, como con un enfermo á quien hay que halagar, decidia á Santiago para que tomara algunos sorbos.

A la primera claridad del alba, el capellan llegó para recibir la confesion del reo y darle la comunion, el pan celeste antes de la última comida terrenal.

Enrique de Arnedo se acercó al sacerdote, le llevó á un rincon, detrás del altar, y con voz entrangulada, sorda, desconoscible, murmuró esta súplica:

—Dígale V. que su madre era una noble mujer digna de su amor y de su respeto; que invoque para ella á la Santa Virgen en su último momento y obtenga V. de él tambien que perdone á su padre, *sea quien sea!*

PONTSEVREZ.

(Concluirá).

Bellezas de campaña

La Direccion de esta Revista deseosa de publicar una completa galería de retratos de bellezas uruguayas, ha resuelto avisar á sus Agentes que pueden obtener (con arreglo á las condiciones que particularmente se les ha comunicado) retratos de las principales y más hermosas señoritas de toda la República.

De este modo haremos conocer, no solámente en el pais sino tambien en el extrangero, nuestras bellezas, que ocupan la primera fila en América.

Establecimiento Gráfico á vapor, Convención 82